EL INVENTOR DEL ARIELISMO

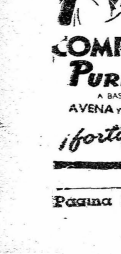
Siempre nos ha interesado la obra de Luis Alberto Sánchez. Desde el umbral de nuestros veinte años en que comenzamos a leerlo en aquellas ediciones desaliñadas pero simpáticas de Zeida hemos visto en él una especie de Pedro Henríquez Ureña más verboso y periodístico, pero más capaz también de engranar la historia literaria y cultural de Iberoamérica con la problemática política y social, tan candente, de los años que vivimos. **América, novela sin novelistas** (1932), **Vida y pasión de la Cultura en América** (1935), **Balance y liquidación del 900** (1940) la primera edición de la **Breve Historia de la Literatura Americana** (1937) fueron la división de una materia escindida hasta entonces entre la erudición polvorienta, el culto de las glorietas regionales y el talentoso pseudofilosófico. También nos resultó siempre evidente que a diferencia del dominicano cerecita Sánchez de aquella pulcritud del dato, de aquel rigor de la verificación que hacen tan —sí entre la palabra— apetible, tan seguro y tranquilo detector por las páginas de la **Historia de la Cultura en la América Hispánica o Las corrientes literarias en la América Hispánica**. Por lo general, en los trabajos sintéticos de Sánchez empieza por entusiasmarnos el planteo general y nos desilusiona a menudo el equilibrio en el campo de esas literaturas nacionales —por lo general las nuestras— que creemos conocer mejor. Allí los ejemplos inescapables, las generalizaciones filiformes, el desenfoque de ciertos juicios determina por hacernos desconfiados. Pero hunde hostiles. Sostiene frecuentemente desarrollos precarios de Luis Alberto Sánchez una pasión humana, un fervor caluroso de agonista, que, aun en el desacuerdo, suscitan el respeto.

La literatura —se también basijos esta empresa militante— debe, sobre todo, cuando es trasmisión eficaz de una experiencia y esa experiencia es una experiencia fidedignamericana de la injusticia y de la lucha contra ella. Es el "mensaje" de una obra lo que la valoriza y este mensaje ha de contener una incitación que, necesaria o no, sea deliberada, que sea directa— a cambiar el mundo americano, a crear una estructura. En el dilema entre "cambiar la vida o cambiar al hombre" se inclina decididamente por el primero de los términos. El perfeccionamiento interior, la monacidad contemplativa y el bello ocio del alma son distracciones estéticas, formas sublimadas de deserción ante la vida.

—II—

No me parece innecesario este recuento —tan precario— de una ideología. Desde esta perspectiva realiza Sánchez su obra y desde ella también su valoración —su "desvalorización"— de Rodó y el "arielismo".

No inventó por cierto Sánchez el último de los términos. Desde el prólogo de la edición me-



jicana de "Ariel" publicada bajo los auspicios del gobierno de Batlle en 1908, "el arielismo" como ideología de una constelación cultural, como expresión de una escuela de discípulos ha corrido con diversa suerte por todos los países de habla española duda Luis Alberto Sánchez desde primeros ensayos de juventud sobre **Balance y Liquidación del 900** (el "**Ideario de Rodó**" no aporta demasiado al que ya había organizado el concepto, cargándolo de un contenido político y social francamente inadecuado) opuesta a la que anteriormente, por lo habitual, poseía. En **Historia de la Literatura Americana**, en **Nueva Historia de la Literatura Americana**, en **Existe Latinoamérica**, en **Fundamentos de la Historia Americana**, en **Vida y pasión de la cultura en América**, en **Indice de la Poesía Peruana Contemporánea**, Sánchez brinda rectificaciones, precisiones. Lo fundamental está explayado en su **Balance**, en el último excepción, hay que referirse.

Sánchez no realiza un análisis sistemático de la obra de Rodó. Su actitud se expide en una retahíla de objeciones y, más raramente, en alguna concesión. En cuanto tal postura puede equivaler a un juicio, este juicio es perfectamente explicable desde la perspectiva que he trazado de esbozar y se hermana de lejos con la mía. Nos sentimos muy lejos de esa intolerancia literaria y dogmática que erige cada renombre nacional en una inangibilidad y ejerce sobre ella una apología monótona. Nos parece, eso sí, que cierto temperamento crítico con que se manejó inicialmente la obra de Rodó entre 1925 y 1940 trajo aparejado un desconocimiento bastante serio de su mensaje, o por lo menos, un olvido demasiado reiterado de sus matices. Pero en el reproche que tanto Sánchez como todos sus compañeros de lo que cabe llamar "la reacción antiarielista", Nada ha dicho el ensayista peruano que no hayan sostenido anteriormente o contemporáneamente Alfredo Colmo, o Alberto Zum Felde, o Dimas Antuña, o Gustavo Gallinal, o Alberto Lasplaces, y lo mantienen.

En sus ensayos biográficos: **Don Manuel** (1930), magnífica vida de González Prada, **Haya de la Torre o el político** (1936) y **Mariátegui** (1939), en sus libros políticos; o históricos; **Dialéctica y determinismo** (1938), **Un Sudamericano en Norteamérica** (1942), **Fundamentos de la Historia Americana** (1943) **¿Existe América Latina?** (1945) la inflexión tendenciosa sin embozo ha organizado univocamente un material atractivo y variado, logrando ejercer una influencia que, buena o mala no es na hecho discutible, ha gravitado en la historia de la ideología de las clases cultas iberoamericanas en las últimas dos décadas.

Porque Sánchez ha sido, más, el portavoz más eficaz de una mentalidad que se dibujó en América desde las primeras escaramuzas de la Reforma Universitaria peruana y que ha dejado su impronta en la política, la novela, la poesía y la investigación política y social. Marxismo, indigenismo antimperialismo, sensibilidad revolucionaria y hostilidad al pasado, a las oligarquías y a la herencia cultural europea, se dice todo hispánico corrido por allí. Mezclado todo ello a buena dosis de retórica y desaprensión tropicales.

Pero lo que nos interesa ahora no son sus expresiones políticas, tan a menudo frustradas o contraproducentes sino su sistema valorativo, su repertorio de estimaciones y desestimaciones. Pintura, música, filosofía son acogidas por su calidad de testimonio y por su significación para la problemática americana. Perechase toda busca puramente formal, todo desvelo por continuar enriquecidamente una tradición de tipo secular y ecuménico.

Lo mismo de Maeztu. Las críticas a las que sometió en los cuatro últimos son incluso mucho más serias y fundamentales. Las mismas limitaciones de clase que ha agitado por años, desordenada y audazmente, Luis Alberto Sánchez.

Lo que habrá que reconocerle al autor del **Balance** es que, por lo menos desde hace bastante a la distintiva elemental de su discípulo y correligionario Andrés Townsend Ezcurra, en la vulgaridad sectaria de un Marco Arturo Montero. Tampoco puede decirse que Sánchez haya dado en imprimir a un caudal ya conocido una mayor felicidad de expresión. Hay páginas como más clarez de fórmulas recordables.

No vamos a discutirle ahora si Rodó no vió el imperialismo, si fué ponderado y sin pasión, si se proponía plasmar una renovación sin norte. Si fué timido ante lo social, si no comprendió a los Estados Unidos, si fué un demócrata a medias, que no admitió el triunfo del número sobre la selección. Si no hay en su obra rebeldía o incitaciones a la acción, si no se enuncia el ser americano. Si le falta una doctrina o si su eclecticismo es desdeñable. En esos cargos que se ejerce a menudo como una corroboración de ausencias, como una enumeración de vacíos, es legítima, por ejemplo la insatisfacción ante su idealismo "insustancial" o la comprobación de la falta de un sólido sentido de la realidad en su obra; excesivo, en cambio, parece el calificarlo de desarraigado, mentiroso y ajeno. Aceptable (con todas las reservas del caso) me resulta su afirmación de que se encuentra al problema de la vocación individual y que le faltó el sentido de lo colectivo; injusta que fué un conservador a la criolla cuando se sostiene poco después que fué liberal y cosa fitucionalista.

No quiere esto decir que muchas observaciones de Sánchez no sean exactas, por ejemplo la que destaca que su antiyanquismo es ético y filosófico y no social y económico (tan reiterada, sin embargo, antes de él). Precisamente, por desgracia, son contradictorias o simplemente erróneas. Un error que no cree parcialmente involuntario y que toca a la raíz misma de la actitud de Sánchez ante Rodó y el arielismo". Me parece indudable que cuando Sánchez enjuicia al autor de "Ariel" no lo enjuicia en sí mismo; no lo juzga por lo que fué, dijo o quiso decir. Ha dicho su obsesión fundar la paternidad rodoniana sobre el grupo — para él peyorativo— de los "arielistas". Y ha querido, lo que resulta inaceptable, encontrar en Rodó la fuente de todos los pecores que estos habrían portado.

Sánchez tiene que demostrar que Rodó fué "un oligarca" y que sostuvo actitudes aulidemocráticas. Que su posición ante la América toda —Rodó fué pesimista y "blanquista" su prospecto. Tiene que probar que se limitó a eliminar ciertas estéticas ante Estados Unidos pero que, como "oligarca" dejará su influencia.

Así iniste en una imprenmdiada frase de Hugo Barbagelata sobre Rodó: "**Fué artista nimado de casa antigua y rica.** La expresión, aunque errónea ya que Rodó nació en la vió en estamento superior al de una honesta clase media) sirve para anotarnos su afirmación de un origen aristocrático. Pero sus "oligarcas" son dictoriales y Rodó fué también que serlo. Entonces encontró un hecho revelador: Actué en política destacándose por cierto implícito reaccionarismo. Entre sus intervenciones parlamentarias aparece una en pro de la censura a la prensa en época revolucionaria (Balance p. 73). Se refiere Sánchez a la actitud de Rodó en la sesión de la Cámara de Diputados del 16 de junio de 1904. En plena revolución presista exige proyecto: **Artículo 1º — Quedan sin efecto las disposiciones restrictivas de la libertad de prensa, dictadas por el poder ejecutivo en uso de las facultades que le confiere el artículo 96 de la Constitución, con las únicas excepciones que en esta ley se establecen. Artículo 2º — Mientras dure la actual rebelión armada no será lícito a la prensa la publicación de noticias no autorizadas por el poder ejecutivo ni el comentario de las operaciones militares...**

La discusión parlamentaria no agrega mayores precisiones a este articulado. Se estaba en plena revolución y las medidas gubernamentales exigían que la prensa eran al mismo tiempo desarticuladas y severas. Rodó aceptaba sin duda estas reglas básicas de constricción, como las que forzaba el segundo artículo. Postulaba en cambio la libertad absoluta para el rango, con la reserva de la propaganda de los pactos que tendían a "quebrantar la unidad política del país y que tanga vosa memoria habían dando desde el año 97. Nadie desconoció jamás en nuestro país que Rodó hubiese sido partidario de la censura a la prensa. Y hubo de ser Sánchez, desde su lejanía pacífica e ignorante de las circunstancias históricas que le dan un contexto al debate el que lo sostuviese.

Contradictorio parece que lo califique de "optimista" (Sánchez no intentó ningún calificativo complementario "mediocridad") y poco después de "pesimista" ya en el mismo libro, dado al sentido general de la obra y no a pasajeros estados de espíritu. Este optimismo y este pesimismo se refieren inequívocamente al futuro americano. En **Breve Historia de la Literatura Americana** sostiene (p. 600): **Nuestra América** (1903) de Carlos Octavio Bunge **pertenece a ese sector de ensayos pesimistas, inaugurado por Zarmeta, seguido por Arguedas y en poco continuado por Vallenilla Lanz, García Calderón y atendido por Rodó.** En **Existe Latinoamérica?** amplía: Durante un período de la historia latinoamericana, Bunge y nuestra la tesis de la degeneración mestiza. **Eran los días de Rodó y los arielistas estaban por atender crear una Grecia — una Francia— imposible en nuestro suelo mestizo, se perdió de vista la realidad y se convirtió en doctrina sociológica lo que no pasaba de ser un sueño literario.** César Zumeta publicó por entonces su Continente Enfermo, saturado de esos engorrosos científismos a la Lombroso, Nordan y demás falsíficas de la Hamada escuela positiva, discípulos Argentinos tanto de Pablo Enfermo, condena a muerte a su patria boliviana, por ser indigena. Arguedas, tuno de los síntomas de elegancia espiritual y clarividencia científica pretende examinar del martizo. (p. 129).

Me parece que estos textos establecen inequívocamente tres cosas:

1º) Que las obras de Zumeta, Argüedas, Bunge, Vallenilla Lanz y García Calderón participan globalmente de una actitud pesimista ante el destino iberoamericano y que esta actitud está fundamentada en motivos raciales.

Canciones Hispanoamericanas
Compilación: Ma. L. Muñoz
Música: Mesa-Ilustraciones
De gran interés para las escuelas nacionales.
Distribución y venta:
Of. Rep. de Editoriales
18 de Julio 1332
M o n t e v i d e o

ACABA DE APARECER
MUSICA PRIMERA
Poemas de Generoso Medina
Distribuido por
LIBRERIA ATENEA
Colonia 1582 Teléf.: 2 28 99

Escribe CARLOS REAL DE AZUA

2º) Que son todas posteriores al "Ariel" (1900), que marcan la iniciación del liderazgo intelectual de Rodó en América.

3º) Que una actitud coincidente de Rodó y de su "arielismo" les habría proh[ibido].

No creo que quepa mejor cabeza del método y la actitud del ensayista peruano. Por lo pronto aquí naturalmente, destacar la abundancia de notas sobrias, pero firmes, de esperanza, en América que corren por la obra —mucho más importante de lo que Sánchez cree— de Francisco García Calderón. Ni probar que Laureano Vallenilla Lanz pertenecía a un grupo político intelectual: el de los escritores gomecistas venezolanos que no sólo no fueron "arielistas" (tan a gusto de Sánchez!) sino que cabalmente hostiles a él, llegando a conseguir la interdicción de algunas obra de Rodó en Venezuela. Prefiero el libro de Zumeta. Cualquiera imaginaría después de leer a Sánchez que la obra del venezolano es sigsn pesado librote aparecido en la primera década del siglo. Sin embargo **Continente Enfermo** no fué escrito en él. Se publicó en Nueva York en 1899. Tiene sólo, veintisiés páginas. Y no está lleno de engorrosos **desinflamos** sino que contiene el análisis más lúcido que pudo hacerse por esos años del fenómeno imperialista. No termina con ninguna nota de pesimismo. Termina exhortando a **nuestras** sociedades **débiles en cada parroquia.** Y apuntaba esta advertencia que no sé si es blanquista o antimeitza: **De los pueblos débiles de la tierra, los únicos que faltan por ahogar son las Repúblicas hispanoamericanas.**

Pero supongamos que el libro de Zumeta hubiera sido pesimista, científico y decadente. Fué publicado en 1899. ¿Podía tener el "arielismo" efecto retroactivo?

Si también hubiera sido pesimista y decadente. Pero no lo fué. Y el caso de Arguedas no probaba el mejor ejemplo. No es que en su magnífico —y aún inconcluso— **Pueblo Enfermo** se expliquen los males de la nación boliviana en base a causas exclusivamente raciales. Arguedas formula reservas al uso indiscriminado del vocablo "raza", situado el pensamiento concordante de Novicow (p. 31) y señala el sustrato económico de la calificación racial en forma que no disgustaría al propio Sánchez: **la calidad** étnica de un **individuo es la resultante de su condición social** (p. 32). Pero por lo demás **Pueblo Enfermo** fué escrito en 1903 (es decir, después de "Ariel") y por lo menos en parte ya estaba desencantado. Por lo menos así autor admiraba a Rodó. Por lo menos se lo envía.

Y Rodó le contesta; y le dice, después de un justo elogio: **los males que Ud. señala con tan valiente sinceridad no son exclusivos de Bolivia, son en su mayor parte, males americanos.** Ud. titula su libro **Pueblo Enfermo; yo lo titularía "pueblo niño", más amplio y justo quizá y no sólo aquí sino que también en otro... la primera infancia tiene enfermedades propias y peculiares. Nuestra América triunfará de las enfermedades de su infancia. Será grande y fuerte.**

El mismo Sánchez ha reconocido —sin duda— que el sentido de **"Ariel"** no es pesimista y que desde la interpretación más lata hasta el rastreo más profundo varias generaciones americanas encontraron en él texto un poderoso estímulo contra el desaliento y un eficaz antídoto contra esas profecías de la decadencia cuya paternidad se empeña en atribuirle. ¿A qué había entonces de su **optimismo mecánico?** si no hubiera encontrado esa insolvable calidad que Alfonso Reyes, con más simpatía e inteligencia que él, llamaba **"un nuevo entusiasmo semejante al chorro de la fuente que se recrea al tiempo que cae. Un optimismo sin complicaciones pacíficos".**

Pero esta deslealtad en la apreciación, esta desprolijidad del método sólo tiene el valor de un ejemplo. Ni Sánchez, hipervalorador del novecientos, conoció, ni conoce la copiosa literatura con que Rodó prologó el siglo de su mensaje ariélico ni su lectura de las obras principales ha pasado de ser un ojeo apresurado que sólo se queda con los caracteres más gruesos. En cuanto a los libros de Arguedas y sobre todo al de Zumeta la conclusión me parece obvia: el primero lo leyó muy mal, y el segundo no lo vió jamás ni de afuera.

III.

Dándole por esta vía a Rodó una abarcadora primacia, atribuyéndole la paternidad de actitudes que la juventud americana de la época podía encontrar en él, pero también en ciertas fuentes europeas, en cien autores que circulaban tanto o más que nuestro compatriota, Sánchez construye con una evidente bastedad, de filiación romántico-naturalista, la noción de una "generación arielista". No le pidamos a su planteo las precisiones que el concepto generacional ha ostentado entre los otros después de las aportaciones de Ortega y Gasset, Julián Marías o Pedro Laín. Consistiendo su armazón sobre el falsísimo biológico de una contemporaneidad que abarca un tercio de siglo, Sánchez elabora dentro de ella una serie categorial que varía de una a otra de sus obras y a menudo dentro de cada una de ellas. Los "novecentistas" de la **Historia crítica de la Literatura Americana** se reparten en "estetistas", "ocentistas" y "éticos". En **Balance**, los "arielistas" contienden con "los calibanes" y afrontan un "medio fuego de fundamentalismo". Distingue en realidad —y para empezar por alguna parte— "novecentistas" y "novecentistas" en forma similar a como Torres Rioseco lo hace entre los primeros y los posnovecentistas y como Pedro Henríquez Ureña discrimina una primera y segunda generación del modernismo americano. Los "arielistas" o "estetistas" de su **Historia** integran el mismo nivel que "novecentismo y otras se identifican con él, sin que falten ocasionales en que la contradicción sea una especie de segunda generación modernista o sostenga que los **arielistas son la consecuencia final del beato modernista. (Balance** p. 42) o que **"Ariel" produjo en nuestro novecentismo (Breve Historia** p. 470) Pero todo importa poco. Sánchez maneja con ese Sánchez manejaba las pieles de una vasta nómina de definiciones sobre Rodó. O la del peruano Francisco García Calderón: De algún otro ya he precisado bastante. Y para los demás no es lugar esta nota para señalar que su "arielismo" fué en un episodio pasajero de su formación intelectual o que ningún momento de su personalidad los acercó a él. O que fueron muy anteriores a Rodó, caso de Deustua, o indiferentes a su obra, caso del paraguayo Manuel Domingues o tan hostiles como Carlos Vaz Ferreira según lo verá el que cuide de leer bien las entrelíneas de **Fermentario.**

Pero la demostración abunda. Como abundaría probar que ni Rodó fué lo que Sánchez sostiene ni que su influencia se ejerció como él lo afirma. Que ni los "arielistas" responden al

EL INVENTOR DE ARIEL

retrato que él traza ni los que él asigna al tipo caben en él. Que ni sus "calibanes" fueron antimperialistas ni partidarios de la igualdad de razas (como su elogiado Ingenieros, rastrero y admirador del imperialismo alemán en sus "Crónicas de Viaje") ni sus "arielistas" dictatoriales u oligarcas "yanquizados" o "blanquistas" nada tuvieron que ver con un **Ariel** literal e intergiversado.

Dos ejemplos, como uruguayos, pueden bastarnos: Alberto Zum Felde, que inició entre nosotros la negación de Rodó con sus artículos en "El Día" de la tarde en octubre de 1919, que los reiteró en su "Crítica de la Literatura Uruguaya de 1921 y en su **Proceso Intelectual del Uruguay,"** de 1930 es para Sánchez uno de los **mentores** del **arielismo uruguayo.** Y el batllismo, popular y multitudinario, proemericano y estatista, antiregalón y de móviles naturalistas es caracterizado así: **"un grupo de novecentistas tratan de realizar un singular ensayo democrático en el Uruguay, al amparo de Batlle, atléticos mocetones de otra edad más musculosa y desaprensiva. El tanteo encalló en la realidad. Urnas positivistas llaman "Semana de Turismo" a la tradicional Semana Santa, y fundan el "ejecutivo colegiado" en un país cuyos campos soportaban aún la etapa caudillesil del gauchaje errante en "El Terrafío" de Carlos Reyles.**

Con esta mezcla de acierto y de desenfoque, de intuición rápida y generalización desenfadada se alinean corroboraciones y citas, filiaciones e influencias. ¿Pero es necesario fr a buscar más lejos los ejemplos?

Nota. — Este artículo debió ser publicado la semana pasada. Por razones de espacio fué postergado hasta hoy.

OBRAS DE AUTORES LAUREADOS EN 1952

PREMIO NOBEL
François Mauriac

Têtres Franciscaines — Genitrix
Thérese Desqueyroux — Le Robe Prelestе
Le Mal — La Vie et la Mort d'un Poete
Pouvoir — L'Enfant Chargé de Chaines

PREMIO GONCOURT
Beatrix Beck

Leon Morin Pretre — Une Mort Irréguliere

PREMIO FEMINA
Dominique Rolin

Le Souffle — L'Ombre Suit le Corps

PREMIO DE LOS LECTORES
Lucien Marchal — B. Deleuse

Le Mage du Sertao — Vagabonde des Andes

PEDIDOS INDIVIDUALES A TODO EL MUNDO

S. A. PRODUCTORA ARTISTICA SUREÑA
Palacio Salvo - Subsuelo — Teléfono: 9 05 27

LAS EDICIONES

número

Han publicado

CALIPSO

por ALEJANDRO PESASCO

EN TODAS LAS LIBRERIAS